



desdelosimple

Para contemplar la vida

SANTÍSIMA TRINIDAD

Deuteronomio 4,32-34. 39-40; Salmo 33; Romanos 8,14-17; Mateo 28,16-20

Mayo 26 del 2024

Sumergidos en el don de Dios

Fr. Duberney Rodas Grajales

Seguramente muchas veces en nuestra vida hemos pronunciado los nombres de las tres personas de la Santísima Trinidad para significar la manera en que invocamos o nos hacemos conscientes de su presencia. Pero sin duda ninguna vez supera el momento solemne en el que después de pronunciar nuestro nombre se dice “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, es un momento único en la historia de cada creyente, pues es precisamente allí en donde nos sumergimos en la vida de la gracia que nos permite vivir el don de la vida presente con perspectiva de eternidad. Entrando en las fuentes de las aguas bautismales, se cumple perfectamente el deseo de la comunidad que invoca a Dios Uno y Trino para decirle que bendecimos su nombre porque nos ha llamado a sumergirnos para siempre en su intimidad.

El fruto del Bautismo, o gracia bautismal, es una realidad rica que comprende: el perdón del pecado original y de todos los pecados personales; el nacimiento a la vida nueva, por la cual el hombre es hecho hijo adoptivo del Padre, miembro de Cristo, templo del Espíritu Santo. Por la acción misma del bautismo, el bautizado es incorporado a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y hecho partícipe del sacerdocio de Cristo. El Bautismo imprime en el alma un signo espiritual indeleble, el carácter, que consagra al bautizado al culto de la religión cristiana. Por razón del carácter, el Bautismo no puede ser reiterado (CEC n. 1279-1280)

Dios que ya ha tomado la iniciativa de mostrarnos en la naturaleza humana la comunión con Él: “hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1,26) nos da también la posibilidad de aceptar su proyecto por medio del nacimiento espiritual, en el cual nos comprometemos a desarrollar nuestra identidad de creaturas bendecidas y amadas por Dios, lo cual implica vivir en relación con nuestro bautismo, en donde se funda este nacimiento que servirá para poder participar de la Eternidad de Dios. En esta solemnidad de la Santísima Trinidad, recordemos algunos puntos que las Sagradas Escrituras nos revelan acerca del Misterio de Dios.

En la liturgia de la Palabra de este día podemos ver la evolución en la revelación de Dios. En un primer momento Dios mismo se revela a su pueblo por medio de Moisés como el Dios único, que no tiene comparación. Reconociendo la grandeza de Dios, quien ejerciendo uso de su poder decide escogerse un pueblo para revelarse a toda la creación, suscita el fortalecimiento de la relación con Él, de tal manera que remitiéndose a las pruebas de su presencia en el mundo, de su compañía y el beneficio que encuentra la creatura ante su presencia surge la afirmación categórica: “Reconoce, pues, y graba hoy en tu corazón que el Señor es el Dios del cielo y de la tierra y que no hay otro” (Dt 4,35).

En la primera etapa de la revelación del misterio de Dios, según el testimonio del Antiguo Testamento, se centra en sacar al Pueblo elegido de toda tentación de politeísmo,



afirmando de muchas maneras que Dios es Uno¹. El autor del Deuteronomio hace refrescar la memoria del pueblo, para que se percate de que no existen dioses, unos del cielo y otros de la tierra, o con especificaciones y competencias en los diferentes asuntos – El mundo en el que se da la revelación consideraba natural acudir a diferentes dioses según su necesidad – por ello su insistencia en que ni en el cielo ni en la tierra hay otro dios, pues sólo hay Uno. Lo más sorprendente del Único Dios, es que se interesa por su creatura y de muchas maneras quiere manifestar su Presencia, es sorprendente en el contexto, descubrir que Dios en su incomparable poder se elija un pueblo para manifestarse en favor de todos los pueblos.

En la revelación que se da en Jesucristo, podemos comprender claramente que Dios siendo uno, no es un Dios solitario, sino que es Comunión de amor entre tres personas, y con su obra Redentora nos sumerge en su relación de amor:

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna » (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. (Deus Caritas Est n.1)

La eterna presencia de Dios, se sigue revelando de tal manera que podamos dar testimonio de la experiencia de Dios en nuestras vidas, El mismo toma la iniciativa de llamarnos a su comunión divina para liberarnos de toda clase de opresión. “El Espíritu santo, a una con nuestro propio espíritu da testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8,16). Esta filiación divina, hace que podamos vivir en una relación de absoluta confianza y seguridad en las manos de Dios que se revela como Padre, es decir en quién podemos reconocer la sabiduría para orientarnos en nuestra vida de acuerdo al don recibido.

El Creador ha confiado la vida del hombre a su cuidado responsable, no para que disponga de ella de modo arbitrario, sino para que la custodie con sabiduría y la administre con amorosa fidelidad. El Dios de la Alianza ha confiado la vida de cada hombre a otro hombre hermano suyo, según la ley de la reciprocidad del dar y del recibir, del don de sí mismo y de la acogida del otro. En la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios, encarnándose y dando su vida por el hombre, ha demostrado a qué altura y profundidad puede llegar esta ley de la reciprocidad. Cristo, con el don de su Espíritu, da contenidos y significados nuevos a la ley de la reciprocidad, a la entrega del hombre al hombre. El Espíritu, que es artífice de comunión en el amor, crea entre los hombres una nueva fraternidad y solidaridad, reflejo verdadero del misterio de recíproca entrega y acogida propio de la Santísima Trinidad. El mismo Espíritu llega a ser la ley nueva, que da la fuerza a los creyentes y apela a su responsabilidad para vivir con reciprocidad el don de sí mismos y la acogida del otro, participando del amor mismo de Jesucristo según su medida. (Evangelium Vitae n. 76)

¹En la nota de la Biblia de Jerusalén, edición de Estudio comentando Dt 4,35 encontramos: “Afirmación explícita de la inexistencia de otros dioses, (Is 3, 10-11; 44,6; 45,5) El Decálogo prohibía simplemente el culto a dioses extranjeros, a los que durante mucho tiempo se les consideró como inferiores a Yahvé, ineficaces, despreciables. Una nueva etapa se abre desde ahora: estos dioses no existen.